

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: S/. 110.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 10

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 40.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE

46

Quito-Ecuador, abril de 1999

PRESENTACIÓN / 3-5

COYUNTURA

Nacional: Crisis Profunda e inoperancia gubernamental / 5-26

Marco Romero C.

Política: El juego del desconcierto / 27-36

Fernando Bustamante

Conflictividad Social Noviembre 1998 - Febrero 1999 / 37-50

Internacional: Precios, fuga de capitales y crisis / 51-72

Wilma Salgado

TEMA CENTRAL

Los mass-media contra la opinión / 73-94

José Sánchez-Parga

Opinión pública y realidad Nacional. Los últimos 25 años / 95-122

Angel Polibio Córdova

Opinión pública o abriendo la caja de pandora de las definiciones / 123-138

Flavia Freidenberg, Orlando D'Adamo, Virginia García Beaudaux

Repensando la esfera pública: Una contribución a la crítica de la Democracia actualmente existente / 139-174

Nancy Fraser

ENTREVISTA

Reinventar la izquierda. Entrevista con Massimo D'Alema / 175-186

por Giancarlo Bosetti. Introducción y traducción Marc Saint-Upery

PUBLICACIONES RECIBIDAS / 187-194

DEBATE AGRARIO

El sector Agropecuario ecuatoriano / 195-222

Manuel Chiriboga

La Ley de Desarrollo agrario y el debate en torno a la modernización del agro / 223-256

Nathalia Novillo Rameix, Virgilio Hernández Enríquez, Pablo Dávalos

ANALISIS

El mundo no está hecho para partidos / 257-272

Francisco Sánchez López

Esperando a Godot / 273-294

Franklin Ramírez Gallegos

Amartya Sen, Premio Nobel de Economía / 295-304

Ricardo Patiño Aroca

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Ética y economía: una discusión de permanente actualidad / 305-319

por Alberto Acosta

Esperando a Godot

Sociología y Universidad: relatos de una disciplina espuria¹

Franklin Ramírez Gallegos *

"...las instituciones han cooptado exitosamente a los portadores del saber indispensable para ejercer la crítica. Los intelectuales públicos, es decir, hombres y mujeres cuyo teatro era la esfera pública, han entrado por miles en una zona especializada de lo público: la academia.

Y en ella trabajan como expertos y no como intelectuales"

(Beatriz Sarlo)

Las cárceles además de confinar individuos peligrosos para el orden y la reproducción del sistema producen imágenes de lo desviado, de lo anormal, de lo inasimilable. Los super-mega-shoppings de fin de milenio, al presentarse como infinitos muestrarios de negocios, construyen nuevos hábitos, se convierten en puntos de referencia, acomodan las ciudades a su presencia,

acostumbran a la gente a funcionar bajo sus reglas, a recorrer libremente sus pasillos, recrean así un nuevo espacio público en el que somos convocados como potenciales consumidores, turistas de itinerarios pre-fijados.

Cárceles y supermercados, amén de hacer el juego al proceso civilizatorio capitalista, cumplen los cometidos para los que fueron elaborados -encerrar, vender- los efec-

* Sociólogo

1 El presente artículo es una versión corregida de la ponencia preparada para el Encuentro Nacional de Estudiantes de Sociología, junio de 1998. Agradezco la atenta lectura y comentarios -sobre todo en lo que concierne al desarrollo de la sociología en las universidades quiteñas en los 80's- de Fredy Rivera Vélez. Cabe advertir acerca del carácter preliminar de las ideas que se presentan a continuación. Muchas de ellas son producto de conversaciones informales con personal angustiado por el tema, el bolo, la angélica, el papoy, el galo de la central park; otras son inquietudes veteranas que vieron sus primeras luces en los encames de la Cuarta Matrícula (divertimento periodístico en contra del espíritu pontificio de nuestra universidad).

tos des-centrados que emanan, invariablemente, de sus prácticas sirven para tener una visión más capilar, por ejemplo, de la forma con que se fijan las ideas de orden y producción en las sociedades de occidente. Así, las instituciones modernas pueden ser leídas como ámbitos de la acción humana con patrones de desenvolvimiento estabilizados y recurrentes, objetivos definidos y unidad sistémica entre sus componentes. Las instituciones producen, entonces, un cúmulo de consecuencias calculadas, anticipadas, pre-establecidas pero al mismo tiempo, una serie de efectos que trascienden sus intencionalidades, éstas sin embargo siempre existen y pueden ser reconstruídas desde el despliegue de sus prácticas específicas.

¿Qué pasa cuando, determinadas prácticas institucionales no se tejen en torno de formulaciones de considerativas estabilizadas, o en términos más simples, cuando sus acciones parecen desbocarse al margen de cualquier proyecto que sustente la imagen que se tiene de ellas?

Al parecer, y esta es una de las ideas ejes que sostendré en este tra-

bajo, las escuelas de sociología del país navegan entre propósitos gaseosos, inciertos, sonámbulos; cualquier aproximación a ellos solo permite captar señales contradictorias, rasgos esquizoides, desdoblamientos espurios.

No se trata de reclamar por la constitución de un sólido bloque discursivo, auto-transparente, un producto acabado que deje de pensarse a sí mismo por la sospecha de que todos sus fines últimos ya han sido desplegados, tampoco la imputación de un telos/ethos fijado desde el cual ignorar otros posibles recorridos, sino por el contrario un interrogatorio promiscuo acerca de los efectos —a nivel de la producción de las condiciones mínimas para generar conocimiento, para hacer sociólogos, y para el destino mismo de la institucionalidad— de las propuestas (definámoslo de algún modo) de las escuelas de sociología durante la década de los noventa².

De ahí que si se plantea el interrogante acerca de los problemas de inserción laboral de los graduados de los departamentos de sociología del país, sea conveniente partir de

2 Los apuntes que siguen son producto de la revisión de las propuestas académicas de tres escuelas de sociología de las universidades San Francisco de Quito, Católica y Central; adicionalmente pude conocer acerca de la situación de la Escuela de Sociología de la Universidad de Cuenca. Se puso especial énfasis en los diseños curriculares ofertados desde inicio de la década, y en las investigaciones realizadas durante tal período. Se realizó además algunas entrevistas con estudiantes, egresados y profesores.

una problematización de las relaciones entre las prácticas institucionales (ver diseños de pensum, contenido de las materias, orientaciones teóricas, prácticas de investigación, etc.) y los múltiples sujetos concernidos con la elaboración y circulación de tales propuestas.

Con tal disposición analítica se podría reconstruir el tipo de "producto" obtenido en las escuelas de sociología, las relaciones institucionales, las matrices de formación, y dejar de considerar la correspondencia entre número de graduados y número de empleados como dato cierto/duro para la evaluación, aprobación y legitimación de la conveniencia de las propuestas académicas de las diferentes escuelas.

El índice de inserción laboral de los graduados de los departamentos en cuestión (incluso si establecería que existe pleno empleo) no es un indicador suficiente para conocer lo que se produce en su torno. Puede dar luz, tal vez, acerca del grado de adecuación/inadecuación de los diseños curriculares a las exigencias del mercado (que al parecer en el caso de las escuelas de sociología, funcionan como señales premonitorias de los caminos a seguir), factor que además aparece claramente como exterior a los ámbitos de acción y a las condiciones institucionales de una unidad académica, pero bajo ningún modo arroja señales sobre el proceso de formación profesio-

nal, sobre las relaciones entre los diferentes objetos que componen el campo académico, sobre los contenidos éticos, culturales, políticos que circulan en el medio y sobre todo acerca de la producción institucional de un determinado tipo de sujeto social (en este caso, el pretendido "sociólogo"). A continuación se ensayan algunos apuntes para provocar una discusión ampliada, ciertamente necesaria, acerca de las modalidades con que la disciplina sociológica ha sido conducida en ciertas universidades y escuelas del país.

Relato uno: Crónica de una disciplina gaseosa

Luego de aproximadamente tres décadas de presencia institucional de la sociología dentro de las universidades ecuatorianas, no resulta apresurado sostener que el fin de la década de los ochenta da inicio a un reacomodo institucional y curricular cuyos resultados apenas empiezan a percibirse.

Así, las décadas anteriores podrían ser caracterizadas en torno a un claro predominio teórico de enfoques marxistas en sus distintas interpretaciones.

Las escuelas de sociología (UC y PUCE) se debatían en el límite de constituirse como espacios de reelaboración del pensamiento marxista, ver análisis, discusión, confronta-

ción de ideas, y la más ingrata tarea de forjarse como vehículos de difusión sintética y anodina de una ideología de cambio político. En cualquiera de los casos, queda claro, que los pensum y las materias dictadas tenían como eje articulador a la economía política marxista: materialismo histórico, formación social del Ecuador, lógica dialéctica, etc., son una clara muestra del predominio que desde las escuelas de sociología se instituyó en torno al pensamiento de Carlos Marx y sus intérpretes.

Se trató de un diseño institucional excluyente, que desechó y ocultó la circulación de otros paradigmas existentes en el debate sociológico. La sociología comprensiva de Max Weber, maitre-penseur de la formación de la sociología, de su consolidación como ejercicio hermeneúutico de develamiento de sentidos, estaba proscrita, confinada a un anonimato que hasta hoy, seguramente, no ha permitido que se desarrolle un pleno conocimiento de

su trabajo en las distintas universidades del país. La descalificación de su pensamiento operaba desde la fácil imputación de considerarlo como un intelectual liberal, defensor de los intereses de las burguesías nacionales de los países del primer mundo, e incluso en calificarlo apresuradamente como positivista sin que exista mayor debate al respecto.

En cualquier caso, podría resumirse, la sociología se transformó en un acto cuyo objetivo pasaba a estar determinado por las posiciones ideológico-políticas que guardaba el intelectual frente a la capacidad explicativa de los conceptos en sí y no frente a la dinámica social³. A ello podría sumarse la estrecha relación entre docencia y militancia partidaria; asunto que limitó más aún el desarrollo de un ejercicio plural del rol docente⁴.

El dominio del campo intelectual por parte de los enfoques marxistas empieza a desconstituirse, en las escuelas de sociología, sólo al

3 Para situar el estado de la sociología en la región, por esas épocas, vale la pena hacer referencia al trabajo de Marcos Roitmann quien plantea que la sociología latinoamericana puede ser vista como parte de una explicación fundamentalista de paradigmas: en efecto, según el mencionado autor, en décadas anteriores tuvo lugar, más que un detallado ejercicio hermeneútico por tratar de taquigrafiar lo social, un enfrentamiento entre MARX y WEBER, "combate estéril que buscó acreditar o desautorizar una explicación causal del desarrollo de la sociedad capitalista, a partir de ideologizar las propuestas comprensivas de los autores" (cfr. 1994: 40-41).

4 Un caso emblemático al respecto resulta el de la Escuela de Sociología de la Universidad Central, espacio en el cual el Partido Comunista tuvo mucha presencia entre los años setenta y fines de la década de los ochenta.

gunos años después del emblemático fin del régimen socialista soviético, lo cual además de poner en cuestión muchos de los supuestos teóricos ejes en los que se sustentaba la disciplina, originó en cierta medida el declive de los órganos partidistas claves en el desarrollo de la vida universitaria de la época. Cabe recordar que muchos de estos partidos tenían una relación de "alimentación" con algunas facultades de las universidades: de ellas se reclutaba gente, "cuadros", para el ejercicio político. En adelante, es decir en los últimos cinco años, tenemos un escenario ambiguo, por decir lo menos, en el que las propuestas académicas no han podido encontrar ejes de re-articulación teórica y han operado bajo una lógica (¿?) "aperturista", sin saber a qué es lo que realmente se están abriendo, pragmática, derivada de las premisas de la economía ortodoxa y de la administración empresarial, y auto-estructuradora, la investigación —pauta mínima para fijar su contenido académico— parece colapsar irremediablemente. Veamos algunos elementos que permiten aclarar este enunciado.

En primer término, es conveniente resaltar el desfase teórico de las escuelas de sociología del país con respecto a la producción intelectual de los centros académicos hegemónicos de los países del norte o de otras potencias regionales (México y Brasil, sobre todo)⁵. En los tres casos existe una marcada tendencia a pasar por alto la exhaustiva discusión/presentación de las teorías sociológicas dominantes, clásicas y contemporáneas. Se trata de un ámbito que pone en evidencia el carácter inacabado de la globalización, el parroquialismo al que algunos espacios se ven confinados dentro de un proceso de una sola vía.

No se trata de postular la obligatoriedad de poner a disposición del público los "nuevos" enfoques teóricos de la disciplina como requisito insalvable para la construcción de sólidas interpretaciones sociológicas, sino más bien alertar que lo contrario reduce las posibilidades para ello. Como entendía Foucault, las teorías y los conceptos funcionan como una caja de herramientas a la que se puede acudir indistintamente en busca de afinar las

5 En el caso de las últimas promociones del Dpto. de Sociología de la PUCE, por ejemplo, se ha reducido la materia de teoría sociológica a cinco módulos (en años anteriores eran siete) durante los cuales no se revisó en absoluto la teoría de la estructuración de Giddens, la teoría de los campos de Bourdieu, la sociología de la acción de Touraine, las teorías sistémicas Lumahnianas, el marxismo analítico, el individualismo metodológico, por mencionar sólo algunas de las propuestas de los últimos veinte años.

construcciones discursivas de lo real. La escasez, reducción o desconocimiento de este instrumental podría acotar los márgenes de generación de conocimiento novedoso, original, crítico, independiente.

Es conveniente hacer notar que en muchos casos las apetecidas (¿lo son?) novedades teóricas acceden al público interesado debido a la contingencia de la presencia de docentes llegados de posgrados del exterior -principalmente, o próximos a aquellos espacios privilegiados donde circula dicha bibliografía (ciertas "sectas académicas" impenetrables). En cualquier caso debe notarse que no se trata de procesos institucionalizados que permitan dar cuenta de una deliberada intencionalidad de las escuelas de sociología por ofrecer un uso público de estos bienes culturales.

Es de consenso la propuesta de la interrelación entre conocimiento y poder que hiciera Foucault. Cabría interrogarse acerca de los efectos perversos que una concentración de bienes culturales (como son las obras teóricas seminales) en círculos académicos cerrados puede tener: con miras a la construcción, distribución, generación de una opinión pública más familiarizada con categorías críticas de percepción de la dinámica social.

Las universidades en general, y las facultades de ciencias sociales con sus respectivos departamentos

en particular aparecen desenganchadas de los procesos de globalización de la información, nichos (auto)aislados de los circuitos de seminarios internacionales, de circulación de investigadores consolidados (cuantas veces se ha sabido de la presencia de reconocidos pensadores en países tan próximos como Colombia o Perú), de redes de intercambio de docentes, estudiantes, material bibliográfico. ¿La revolución telemática no nos coloca acaso frente a un océano de posibilidades para acceder a nuevos mercados de bienes culturales? ¿No constituye el ciberespacio la oportunidad de consultar todo un repertorio de agendas académicas, de perfiles curriculares, de propuestas de investigación de otros centros educativos ?

Las respuestas pueden tejerse en múltiples direcciones. En cualquier caso queda claro que, para nosotros, la circulación global de los bienes mencionados no acaba de iniciar, es incompleta en un doble sentido: desde lo local no se asume aún la existencia de un nuevo espacio público, de otras entradas de circulación informativa, y desde los actores multinacionales, no ocurriría la tan elogiada ampliación/apertura de todos los mercados. Las producciones científicas, las investigaciones teóricas y aplicadas de actualidad no circulan libremente, tienen due-

ños, precios, intereses y lugares de colocación determinados.

Del mismo modo la reflexión sobre la construcción de las herramientas para el trabajo de campo, las implicaciones de la existencia de nuevas formas de tratar la información (la multidimensionalidad con la que trabajan las bases de datos, por ejemplo), la relación entre métodos y técnicas de investigación, en suma, son escasamente abordados. Ello hace que la generación de las bases indispensables para generar investigación social siga pendiente como tarea mínima en torno a la cual dotar de sentido la existencia de escuelas de sociología⁶.

Otros elementos para visibilizar este panorama de debilidad institucional en el establecimiento de pautas para producir investigación, podrían ser los siguientes.

a) Existe una marcada debilidad para establecer un sistema de cátedras a tiempo completo. En general, además, las remuneraciones de

aquellos que tienen mayores niveles de estabilidad están muy por debajo de otras opciones profesionales, por lo que es común que los catedráticos se vean obligados a dedicar su tiempo en otros empleos.

b) Los cursos, materias, seminarios no son planteados en términos de elaboración conjunta de reflexiones en torno a problema de estudio determinados. Se trata más bien de la transmisión (a veces profética, a veces textual) de los contenidos centrales de textos culturalmente prestigiosos. Se enseña lo que un autor, consagrado claro está, dijo acerca de algo, se lo eleva así a la condición de código. La interpretación queda relegada a un segundo plano⁷.

c) Es imposible, entonces, hablar de la formación de "comunidades" académicas, en el sentido de espacios de discusión intelectual de temáticas determinadas, de circulación de propuestas de estudio, de intercambio de material bibliográfico, etc. Las escuelas de sociología

6 A nivel de los docentes los escasos trabajos de investigación realizados son fruto de esfuerzos aislados, dispersos y sobre todo sin la continuidad y la difusión requeridas. Las investigaciones de los estudiantes, producidas igualmente bajo condiciones precarias, responden más a la necesidad de salvar una serie de obstáculos como requisitos para su graduación, y no tanto a ampliar esferas de estudio obscurecidas o intocadas. Queda claro que en general las políticas de investigación diseñadas desde las universidades son claramente deficitarias.

7 Para una discusión más amplia al respecto es recomendable estudiar las ideas de Fernando Bustamante respecto a la tradición universitaria ecuatoriana como "un espacio de reproducción de saberes dóxicos y trascendentales" y no como centros de generación de conocimiento, locus privilegiado de elaboración de ciencia. (cfr. 1997: 87-90)

no producen debate, no generan polémica. El silencio es la norma.

d) Las unidades académicas en consideración no evidencian señales claras de interlocución académica con otras disciplinas sociales, y peor aún, con actividades de pensamiento más afines a las ciencias "duras", diálogo multidisciplinario que parecería urgente, por ejemplo, para estudiar la problemática ambiental, entre otras.

e) En otro orden de ideas, es factible pensar que existe una tendencia creciente hacia desvincular la formación de los estudiantes como investigadores. Se estaría pasando, más bien, hacia la formación de administradores de programas de protección social, de especialistas en el diseño, ejecución y evaluación de proyectos de desarrollo social (como se discutirá más adelante).

En este escenario, y si convenimos en fijar como elemento indispensable del quehacer sociológico - qué significa hacer sociología - a la práctica investigativa entendida como el oficio, en términos de Bourdieu, de reconstruir discursivamente lo real, de manera tal que se subviertan/sobrepasen las explicaciones del sentido común, a partir de un instrumental teórico y metodológico en constante elaboración, no sería apresurado señalar que los departamentos de sociología existentes están muy lejos de satisfacer tal función reflexiva: en ellos no se ha-

ce sociología y, lo que tal vez sea más frustrante, no se establecen las condiciones mínimas para que los estudiantes puedan practicar a futuro el oficio de sociólogos.

Relato dos: La sociología como una herramienta de gestión y administración del desarrollo

Fernando Mires, en el libro "El discurso de la Miseria" plantea que desde sus inicios la sociología producida en Latinoamérica estuvo marcada por un compromiso con los ideales occidentales de la modernización, el progreso y el desarrollo de las naciones de la región, ya sea desde una perspectiva capitalista en que se postulaba la necesidad de constituir a las burguesías nacionales como agentes modernizadores del cambio social, o por el contrario, a partir de un proyecto socialista revolucionario en que el proletariado industrial y la clase obrera se constituirían en la vanguardia para el cambio de la sociedad en su conjunto.

Esta vinculación estrecha, cómplice y precursora, de la sociología con modelos de sociedad más asimilables para los países del primer mundo, generó un tipo de sociología que termina asemejándose más a una especie de ingeniería social - una estrategia de disposición/administración de elementos económicos y políticos que conlleve final-

mente a viabilizar un pre-determinado modelo de desenvolvimiento social- que un intento por develar las relaciones sociales, políticas, las lógicas culturales, etc., presentes en la región (cfr. Roitmann, 1994; Mires, 1993; Bustamante, 1997).

La sociología latinoamericana ha sido en general una sociología del desarrollo, y como tal, ha ubicado a los actores sociales dentro de planes y proyectos en función de "ideales de sociedad" cuyo lugar de resistencia era al mismo tiempo metasocial y metahistórico (cfr. Mires, 1993). De esta forma la sociología como interpretación de la dinámica social ha instrumentalizado a los actores sociales en forma de simples "factores" de modelos de desarrollo anteriores a ellos⁸.

Si matizamos estas ideas en comparación con el caso ecuatoriano, es pertinente mencionar que el predominio del pensamiento marxista en las escuelas de sociología del país durante las décadas de los setenta y ochenta generaron una forma de entender el desarrollo nacional desde una perspectiva estado-céntrica, en la que cualquier proyecto de transformación estruc-

tural de la sociedad pasaba por la apropiación del poder político central, representado por el estado-nación, y por tanto la idea que atravesaba las propuestas académicas era la de "*cambio político*" entendido, en su sentido más restringido, como la modificación de las relaciones de fuerza dentro del sistema político en favor de las clases sub-alternas, lideradas por algún sector social hegemónico (la alianza obrero-campesina por ejemplo) y el partido político que de ellos surgiera.

El fin de las dictaduras o de los fascismos dependientes o de la democracia "burguesa", "formal" darían paso a un régimen político socialista a partir del cual rearticular las relaciones de producción vigentes.

En otra de sus versiones, este énfasis en el estado, como locus de las propuestas de modernización de la sociedad, conlleva a la formación de cuadros asociados a los aparatos de administración pública, a saber, planificadores de proyectos de desarrollo nacional, tecnócratas confiados en que a partir de su experticia instrumental se podría llevar a cabo las grandes transformaciones

8 En otra arista del problema, la crítica al eurocentrismo de la racionalidad dominante en el campo intelectual de la región ha sido llevada a cabo, de forma contundente, por Anibal Quijano: se trata de una perspectiva en la cual "se asume un supuesto patrón histórico universal, el europeo occidental, respecto del cual todas las demás experiencias históricas no son sino casos particulares y según el cual deben ser, en consecuencia, "leídas" todas ellas" (1998: 172)

que requería el país (cfr. Bustamante, 1997).

En los ignominiosos noventa, la matriz desarrollista de las propuestas curriculares de las escuelas de sociología parece haber tomado cauces relativamente nuevos. Así, a grandes rasgos se puede hablar de dos grandes ejes temáticos o accesos programáticos, prácticamente indisolubles el uno del otro, que empiezan a modelar las propuestas curriculares de las escuelas de sociología: el problema de la pobreza y concomitante a ella, la gestión de proyectos de desarrollo social⁹. Se trata de la extendida práctica intervencionista, viabilizada a través de planes, programas o proyectos que, en sus más recientes formulaciones, a saber, "desarrollo sustentable", "desarrollo local", "auto-desarrollo", son tan frecuentes como numerosos en los países que el propio discurso del desarrollo ha dado por llamar "Tercermundistas" (cfr. Ramírez, 1995: 14).

La épica del desarrollo pone por delante uno de los rasgos característicos de la modernidad, es decir, la politización de los grupos, actores e instituciones sociales en una vía en que la vida de la especie depende de las estrategias, de los instrumentos, de las modalidades políticas que cada uno de ellos construya. El progreso social deviene en indicador del desarrollo y humanización de la sociedad, se trata de la construcción de una esfera cuyo fin es garantizar el bienestar de la población por sobre las contingencias de lo económico y los desajustes socio-políticos.

El desarrollo viene a formar parte, entonces, de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, administración, regulación y control de lo social, en que se despliegan técnicas de poder orientadas a los individuos e interesadas en dirigirlos en una dirección prefijada y permanente (ibid.) De ahí que pueda ser entendido como un conjunto de

9 En dos de las escuelas estudiadas esta tendencia se expresa en programas de estudio especialmente diseñados para el efecto. El caso de la USFQ es el más revelador: desde un principio, 1990, la carrera en sociología nace en el Colegio de Administración para el Desarrollo, sólo en los últimos años pasa a formar parte del Colegio de Artes Liberales, a pesar de lo cual no pierde su enfoque instrumental, asociado a la idea del sociólogo como planificador ilustrado de proyectos de protección social. El Departamento de Sociología de la PUCE abre desde 1993 la especialización en Sociología del Desarrollo (tal vez sería pertinente, como en el caso anterior, hablar de sociología/gestión para el desarrollo). En la Escuela de Sociología de la Universidad Central esta tendencia es menos notoria, pero empiezan a aparecer ciertas temáticas y materias afines a la problemática en cuestión (Planificación Estratégica Situacional, Seminarios de Investigación en Desarrollo Sostenible).

prácticas discursivas -formas de conocimiento- y mecanismos de intervención -técnicas y prácticas de poder- para la administración o el gobierno de individuos y poblaciones, fundamentalmente pobres. *Un elaborado artefacto (aparato, dispositivo) que hace algo*, en palabras de James Ferguson (1990: 7)

El desarrollo opera en la práctica, señalándolo de manera esquemática, a través de la identificación y diagnóstico de un determinado problema y a partir de éste, constata que la solución estaría dada por cierto tipo de intervención. Sus elementos claves son el uso de mecanismos institucionalizados de acción, técnicas sociales como el crédito, las donaciones, las capacitaciones, etc. Y, sobre todo, que requiere de un aparato de *conocimiento*: a nivel del interventor a tra-

vés de un proceso de extracción de conocimientos al objeto intervenido (léase investigaciones, diagnósticos, evaluaciones) y a nivel del beneficiario en torno a un proceso en el que se introduce en su universo toda una suerte de nuevos conocimientos (cfr. Ramírez, 1995: 25). Es dentro de estas etapas del trabajo del desarrollo que las ciencias sociales han pasado a formar parte constituyente de su despliegue: las tareas de conocimiento les son asignadas como funciones capitales para el buen funcionamiento del engranaje¹⁰.

Soy de la opinión que la sociología ecuatoriana (como la antropología) al menos en la última década, ha crecido bajo el amparo de esta práctica del desarrollo (el auge de la sociología y antropología aplicadas así lo indicaría), ajustándose a su

10 Arturo Escobar, en su feliz "Encountering Development: The making and unmaking of the Third World 1954-1992", planteaba que las ciencias sociales han sido partícipes, actores institucionales claves, en la elaboración de los discursos y estrategias del desarrollo. Su aparato ha absorbido las producciones académicas relevantes para el conocimiento de aquellas poblaciones objeto de intervención e incluso ha captado a muchos intelectuales, encargados de sofisticar los detalles problemáticos del despliegue del desarrollo (pensemos por ejemplo en la relación, primero crítica y finalmente funcionalizada, entre la antropología y el desarrollo respecto del problema de la "participación de los actores locales"). Al respecto es ilustrativo el caso de la Universidad de Cuenca: en el curso del Encuentro de Estudiantes de Sociología estudiantes la Escuela de Sociología de tal Universidad presentaron una ponencia sobre la conversión de la licenciatura en Sociología a una licenciatura en Desarrollo Social. En efecto, desde 1993 dentro de la Facultad de Ciencias Económicas, la Escuela de Sociología decide crear una licenciatura orientada principalmente a la gestión del desarrollo social: sus estudiantes son especialistas en planificación, ejecución y evaluación de proyectos de desarrollo con énfasis en lo regional. La carrera cuenta con el apoyo institucional del Proyecto de Acompañamiento Organizacional del Desarrollo (ACORDES).

eje programático y discursivo (en agustiosa relación de compromiso/poder con los “pobres”), pero con escasas capacidades de deformar o transformar, al aparato, es decir incidir sobre éste, sea en el nivel discursivo o en la puesta en escena de nuevas estrategias de administración de lo social.

Hace algunos años, se empleaba el apelativo “vagos” para referir a todos aquellos intelectuales, sociólogos o no, que dedicaban su tiempo a la crítica de las prácticas autoritarias del poder, a la reflexión divertida sobre los avatares del país, etc. En todo caso se hacía uso del término para significar un tipo de actividad diletante, heurística, asociada con la idea de un mal uso del tiempo, sin fines productivos. En nuestros días, la ya establecida denominación de “pobretólogos” que caricaturiza una de las esferas en que se hace más frecuente la práctica sociológica en nuestro medio, *el proyectismo*, da perfecta cuenta de este trastocamiento en la forma de percibir la especificidad del oficio. Como se advierte a continuación, este cambio en las percepciones comunes no es gratuito¹¹.

La tarea del sociólogo de los 90, mejor descrito –con Massardo– co-

mo “intelectual institucional pragmático”, pasa a estar supeditada por las necesidades del aparato del desarrollo, a saber, aquellas funciones ligadas al diagnóstico de situaciones-límite, es decir aquellas en las que es imprescindible que se efectúen intervenciones del desarrollo (proyectos, donaciones, préstamos, etc.). Se trata de una tarea en la que el intelectual pragmático deberá recopilar un cuerpo de información debidamente acotado, en función de variables definidas específicamente por el discurso del desarrollo (mortalidad infantil, deserción escolar, PIB,). La descripción producida servirá como base para diseñar el tipo de proyecto conveniente para superar los problemas diagnosticados.

Seguido al diagnóstico vienen las sucesivas etapas de despliegue de la intervención del aparato del desarrollo: todo proyecto contempla la realización de planes estratégicos, la etapa de planificación, que permite administrar reguladamente todo el proceso posterior y finalmente la etapa de las evaluaciones donde se verifica el grado de cumplimiento de los objetivos del proyecto. En cada una de estas etapas se requieren de directores, oficiales,

11 Habría que tener en cuenta que mucho de esto se explica por el preponderante rol que cumplirían las ong's, desde la década de los ochenta, como agentes de ejecución de programas de investigación, muchas veces ligados a proyectos de intervención social.

consultores de proyecto, que con preferencia son afines a las ciencias sociales. Basta revisar cada fin de semana la prensa local para ver como la demanda de sociólogos y antropólogos está prácticamente confinada hacia tareas de administración del desarrollo (sobre todo rural).

El aparato del desarrollo entonces, visible en torno a poderosas instituciones locales y retratado por las multinacionales de cooperación (ver BID, PNUD) ha logrado acotar un campo de práctica profesional, que en principio se veía como más amplio, e incluso habría conducido a que se introduzcan como parte de los currículos universitarios de las disciplinas de ciencias sociales (aunque en rigor su ángulo de acción abarca un espectro mayor) materias y perfiles directamente vinculados con sus fines inmediatos. Es así como materias, diplomados, investigaciones de tesis relativas al problema del desarrollo, se ven incrustadas directamente dentro de los programas académicos universitarios, entrando en su campo discursivo como puntos sistémicos adicionales de una tecnología de gobierno concebida dentro de un margen político más amplio. Lo peligroso de este viraje, cabe mencionarse, es que la sociología deja de asumirse como un espacio de problematización del desarrollo o de la pobreza para convertirse en parte del dis-

positivo, en el sentido foucaultiano, que viabiliza la continua reproducción del discurso y la práctica del desarrollo (una sociología *para* el desarrollo y no *del* desarrollo)

La sociología se desvanece en la discusión del tipo de técnicas apropiadas para contar pobres, de formas de intervención social menos invasivas, el clamor del desarrollo participativo, de metodologías de formulación y evaluación de proyectos, en suma, todo un minucioso instrumental de conocimientos y destrezas destinados a ser utilizados en función de los propósitos del aparato del desarrollo: la superación de la pobreza, o en términos "desarrollistas" el mejoramiento de la calidad de vida de los supuestos beneficiarios. La sociología, sin mayores dolores de espalda, a pesar de la contundente contorsión, pasa a formar parte de los mecanismos de legitimación de las intervenciones del desarrollo. La supuesta autonomía de pensamiento de las universidades, su compromiso con cierta independencia en la generación de conocimiento se ven claramente alteradas, por decir lo menos, en esta estrecha vinculación con el aparato del desarrollo.

Quedaron al margen, desinstitucionalizadas, muchas zonas de estudio que apenas si se han problematizado en el país, la sociología de la educación, de los deportes, de la literatura, los problemas asociados

con la sociología política, sociología del trabajo, sociología de la sexualidad, etc..

Haciendo uso de una metáfora clínica, puede decirse que no sólo que la sociología deja de aparecer (si acaso lo hizo alguna vez) como el diván en que la pobreza y el desarrollo acuden a analizarse, a explicarse, y se travestiza en un aparato de rayos X destinado a radiografiar a sus pacientes con la consigna de que todo cuerpo tiene alguna dolencia a ser redimida, sino que además ahora ya es capaz de prescribir especializadamente las recetas pertinentes para empezar la cura.

De la mano de esta ingrata vinculación entre el proyectismo desarrollista y las ciencias sociales estaría ocurriendo un proceso de des-sociologización de los pensum en el cual las materias asociadas a problemas de teoría social, epistemología, teorías del conocimiento, vinculación filosofía-investigación social, talleres y métodos de investigación, entre otros, se ven desafectadas como ejes vertebradores de las propuestas académicas dejando su lugar a materias más directamente asociadas con "técnicas de/para...", resolución de conflictos, análisis de coyuntura, medición de pobreza, planificación y evaluación de proyectos, proyección electoral, etc. Esto coloca en el plano de la incertidumbre la posibilidad hacia futuro

de rescatar a la sociología de la dimensión eminentemente instrumental y eficientista a la que se dirigiría.

El cambio de énfasis al que hacíamos alusión, con respecto a la primera generación de currículos para la formación del sociólogo, tiene que ver, en lo principal, con que se pasa de una propuesta centrada en el estado como agente de cambio estructural de la sociedad, a una visión donde las responsabilidades para dichas transformaciones son asignadas a diversas instancias descentralizadas de la sociedad civil. Una gama de instituciones privadas, organizaciones de pobladores urbanos, uniones de campesinos, federaciones de agricultores, mujeres, en fin, una larga lista de asociaciones no gubernamentales en directa relación con aquellos sectores poblacionales asumidos como "pobres" pasarían ahora a procurar soluciones para sus problemas de carencia de recursos económicos y falta de acceso a los servicios sociales mínimos. Hacemos referencia a transformaciones a nivel de las capilaridades de lo social, de las micro-relaciones entre actores, donde reformas políticas de más largo aliento apenas son discutidas, el protagonismo del estado como vertebrador de cambios sociales, políticos, económicos pasa a un segundo plano.

Relato tres: El declive del pensamiento crítico una capacidad nunca institucionalizada

Las investigaciones sociales de la región durante los últimos quince años abandonan una lucha que nunca concluyeron (consolidar programas de largo alcance, des-compartamentalizarse, convertirse en escenarios de debate, de crítica) y reducen su función a la búsqueda de instrumentos capaces de efectuar una labor de marketing: "en ninguna parte como aquí se percibe la necesidad de fabricar...una ciencia social confeccionada sobre la base de instrumentos destinados a recolectar información y a tratarla desde una perspectiva cuantitativa" (Cfr. Massardo, 1997: 110-111).

La tendencia de las escuelas de sociología del país de aproximarse hacia el campo discursivo y práctico del aparato del desarrollo, podría entenderse como el correlato local de la sugerente afirmación de Massardo con respecto al predominio de un tipo de disciplina social más afín a la mercadotecnia que a la reflexión, más pendiente de las virtuosas capacidades de los instrumentos para enumerar la realidad, que de

las potencialidades de verosimilitud -la legitimidad epistemológica- de sus relatos.

No cabe duda que la situación del campo universitario en la década de 1990, en toda la región, sobre todo si se compara con los decenios precedentes, se caracteriza por la restricción de recursos causada por la crisis fiscal de los diferentes estados. En este sentido estricto, los cambios mencionados encuentran una posible pero pobrísima explicación, como formas de constituir pisos de sobrevivencia.

No sería aventurado pensar, sin embargo, que en este proceso las disciplinas sociales, la sociología en este caso, ha dejado de pensarse a sí misma como un espacio crítico-creativo para dejarse llevar por la exigencia superflua y pragmática del ajuste a las necesidades del mercado¹².

¿Qué imágenes de la actividad científica, intelectual, interpretativa se transfieren a las futuras generaciones de estudiantes a través de un tipo de currículo pensado en términos de la adquisición de destrezas destinadas a "ajustar" los desfases del sistema? ¿qué visión de la agencia humana, del cambio social,

12 Así, por ejemplo, la rápida aparición de novedosas ofertas profesionales dentro de algunas de las unidades académicas revisadas (Sociología de las Relaciones Internacionales, por ejemplo) da pie para pensar que su creación respondió más a la posibilidad de ampliar espacios de demanda que a la construcción/problematización de ámbitos de reflexión inexplorados.

queda disuelta en estas transformaciones? No se está acaso montando una tramoya en la que la sociedad aparece como una facticidad inamovible cuyo desarrollo depende, en lo fundamental, de la potencialidad técnica de una suerte, ya no de ingeniería social, sino de cosmetología aplicada? ¿No se está conformando el caldo de cultivo, llevemos la idea a su límite extremo, para la incubación procaz de camadas de tecno-optimistas conformes con el orden civilizatorio, el bienestar, el progreso? No se le hace el juego al cultivo de individualidades narcisistas que entienden su "profesión" desde la estéril óptica del especialista (funcionario amparado en restringidos administrativos procedimientos y pequeñísimos ámbitos de pensamiento, nichos operacionales) que obstaculizan las posibilidades comunicativas con respecto a la vida cotidiana?

Se podría aventurar la idea de que tales transformaciones postergan la viabilidad de pensar el trabajo crítico, la tarea intelectual, la construcción de metáforas verosímiles que apunten a taquigrafar la realidad, a exorcizarla, a torcerla, a hermeneutizarla, sin que ello se vea irremediablemente abocado a un proceso de una sola vía, en que lo que se piensa debe tener una función en la división del trabajo so-

cial, debe contemplar técnicas y tácticas para profundizar, mantener, des-complejizar la coordinación de la sociedad.

Ocurre que la tecnificación de las relaciones sociales en todos los niveles se universaliza. En la misma proporción en que se da el desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo en el mundo, se generaliza la racionalidad formal y real inherente al modo de operación del mercado: empresa, aparato estatal, capital, administración de las cosas, gentes e ideas, todo eso codificado en los principios del derecho. Se juntan ahí el derecho y la contabilidad, la lógica formal y la calculabilidad, la racionalidad y la productividad, de tal manera que *en todos los grupos sociales e institucionales, en todas las acciones y relaciones sociales, tienden a predominar los fines y valores constituidos en el ámbito del mercado*, de la sociedad vista como un vasto y complejo espacio de intercambios. Ese es el reino de la *racionalidad instrumental*, en que también el individuo se revela adjetivo, subalterno. (cfr. Ianni, 1995: 14)

¿Sería demasiado imprudente interpretar la serie de reformas académicas dentro de las escuelas de sociología, entre otros rasgos, como un avance de la racionalidad instrumental en violento detrimento de

un pensamiento crítico (que además, jamás llegó a constituirse)¹³?

Los ajustes curriculares en que las disciplinas sociales se encuentran empeñadas desde hace más de cinco años no pueden ser contemplados únicamente como una mera adecuación a las exigencias pragmáticas de nuestros tiempos, la eficiencia y la eficacia, la rentabilidad y el superávit, es necesario asumir además los efectos cosificantes que puede generar, plantear el cancelamiento de las energías crítico-utópicas como una metáfora de la usurpación que la racionalidad instrumental hace del y al sujeto en torno a su centralidad en el mundo de la vida. Así, las tendencias al cancelamiento de las energías de pensamiento crítico y a la consolidación de un tipo de racionalidad especializada, tecnocrática e instrumental son señales angustiosas de las formas con que las sociedades de fines de siglo están pensando el conocimiento y la administración de sí mismas.

El mundo de los expertos se incuba en este escenario. Los expertos, especialistas, técnicos, garantizan el pragmatismo y fundan una nueva forma de realismo político,

hablan en nombre de un conocimiento técnico que parece libre de toda ideología (cfr, Sarlo, 1996: 182). En consecuencia, nunca se hacen cargo de los resultados políticos y sociales fundados en su *expertise*.

La metáfora de la rendición de cuentas, encarnada en la exigencia de producir "informes" (pensemos en el mundo del desarrollo) pasa a ser la lógica dominante de producción de conocimiento. Así, se trata de un tipo de saber reducido a re-producir las particularidades exteriores de los objetos con que se relaciona, un saber que aísla al objeto de conocimiento del más basto campo social e histórico en que se forma. Las investigaciones sociales quedan confinadas a retratar objetiva y neutralmente el movimiento de lo real. En este juego, se fragmenta, se despolitiza, se reifica, se paraliza la dinámica social, desde un discurso, el del experto, apoyado en la credibilidad de la ciencia y de la técnica, por tanto pragmático y estable. No se trata, sin embargo, de plantear la relación entre pensamiento crítico y uno de corte instrumental en términos de mutua exclusión, se trata de reflexionar y deba-

13 Al respecto Franz Hinkelammert afirma "creo que la teoría social en buena parte ha dejado de ser crítica, pero una teoría que no es crítica pierde su razón de ser...y al perder su criticidad las ciencias sociales en América Latina se han concentrado en la aclamación vacía de principios eternos abstractos..." (en América Latina, la visión de los científicos sociales, Nueva Sociedad, No 139, Caracas, Septiembre-Octubre, 1995)

tir sobre las formas en que la universidad -como el espacio por excelencia de incubación y procesamiento de las diversas formas de conocimiento existentes- se posiciona frente a este problema¹⁴.

Permitir la hegemonía o el imperio de la racionalidad instrumental conlleva el peligro de despojar al sujeto de su capacidad de interpelar tanto a su más preciada creación, la razoncita, como a la totalidad de la sociedad que va gestando. El pensamiento crítico, su otro constituyente, tiene algo en común con la fantasía. Se trata de imágenes de futuro surgidas de la comprensión profunda del presente: la teoría crítica no tiene, a pesar de toda su profunda comprensión de los pasos aislados y de la conformidad de sus elementos con las teorías tradicionales más avanzadas, ninguna instancia específica para sí, a no ser los intereses ligados hacia tematizar las diferencias y la dominación de clase, raza, género, conocimiento, etc.

Postergar una postura crítica del pensamiento implica, entonces, debilitar poderosas visiones de la totalidad de lo social, de su carácter histórico y por tanto susceptible de transformaciones. "El futuro de la

humanidad", advertían Adorno y Horkheimer, "depende de la existencia de un comportamiento crítico que abriga en sí elementos de la teoría tradicional y de esa cultura que tiende a desaparecer. Una ciencia que en su autonomía imaginaria se satisface en considerar la praxis ...como su Más Allá, y se contenta con la separación entre pensamiento y acción, ya renunció a la humanidad" (1985: 37).

La lógica de la experticia, la coordinación sistémica, acabada, rigurosa, medida, transforma toda actividad del pensamiento en un escuálido y fragmentario esfuerzo por ajustar imperfecciones específicas dentro del sistema-mundo. Parcelas de saber, de información y de procedimiento que oscurecen la comprensión cotidiana del mundo.

Relato cuatro: Últimas imágenes del naufragio

- En un escenario cambiante perfilado dentro del desmantelamiento del estado tutelar, la expansión de una ola de privatizaciones, la ampliación transnacional de los mercados, la apertura apresurada de fronteras, en suma, la liberalización

¹⁴ Massardo plantea la paradoja de un continente en que la inmensa productividad de los investigadores no se refleja en procesos de reflexión de los trabajos producidos. Habría una preocupación muy fuerte en constatar los acontecimientos y no en hacer una evaluación crítica del contenido de las investigaciones, de las condiciones en que se produce, de la desvinculación entre ellas y el espacio universitario (Cfr. 1997: 114)

de los movimientos de capitales que recomponen la división internacional del trabajo, dando lugar así al fenómeno de la globalización- la elaboración de las propuestas académicas desde las universidades y escuelas de ciencias sociales concretamente comienza a responder a una demanda que no se origina en las necesidades internas de una investigación (que, una vez más, debe ser fijada como el contenido mínimo del oficio sociológico) que ensaya formas de reconstruir discursivamente la vida social, sino en las demandas de un mercado -estimulado por la globalización- proclive a captar "*fast-thinkers*", a saber, intelectuales pragmáticos expertos en recolección y tratamiento ligero de la información.

- Lo que caracteriza entonces los repertorios académicos de las escuelas de sociología de fin de siglo podría ser descrito en grandes líneas como el abandono de la posibilidad de constituir a la investigación como "núcleo duro" del ejercicio sociológico. La posibilidad misma de hacer intelectuales, de ejercer la profesión de investigadores quedaría bloqueada dentro de un proceso institucional regulado por las asignaciones que un cierto mercado realice para la investigación (en función, además, de agendas construidas a nivel internacional dentro de regímenes discursivos y de pensamiento, autoritarios, verti-

cales, que prefiguran temas de estudio *necesarios* -en nuestros días, el problema de la reforma del estado, la gobernabilidad, el desarrollo sostenible, por ejemplo). Con lo cual los sociólogos de los noventa renunciarían a la especificidad de su arte, la reconstrucción crítica de lo social, y se verían abocados a formas descriptivas e instrumentales de relatar los movimientos de lo real. Tal como afirma Massardo, lo que verdaderamente ha cambiado en estos últimos años en las disciplinas sociales en América Latina es la relación del investigador con su oficio (cfr. 1997: 111). Lo espurio, entendido como la degeneración o renuncia de cierto origen, es la cruz en la frente de la disciplina. La sociología, una esquizofrenia profesional.

- Si bien, como he sugerido, las condiciones para la formación del sociólogo como investigador concernido con las corrientes teóricas establecidas y con un manejo adecuado de los procedimientos metodológicos para tratar con las señales que deja la historia, está lejos de haberse fijado en las instituciones universitarias del país, habría que rescatar la existencia en su mismo seno, tal vez, eso sí, soterrada, marginal, de espacios de problematización ensayística, experimental, de algún modo profética, de lo real; diálogos liberados-críticos donde lo cultural y lo político, lo literario y lo

erótico, son objeto de agudos ejercicios de descuartizamiento intelectual; zonas de pensamiento social auto-excluidas del recetario -suntuosamente anunciado como científico- de la sociología positivista-nomotética.

- Podría pensarse que el nivel de efectividad de los múltiples relatos bajo los cuales nos hemos construido como sujetos dentro de la inacabada idea de imaginar la sociología, los ejercicios heurísticos que en su nombre hemos desarrollado, los múltiples diálogos disruptores de sentidos evidentes a los que nos vemos sometidos en el ejercicio comunicacional que demanda la formación dentro de las disciplinas sociales, residiría en la incitación que todos ellos arrojan para el conocimiento de uno mismo en tanto que actor social: como afirma Bourdieu, la sociología es un poderoso instrumento de auto-conocimiento, "ofrece algunos de los medios más eficaces para acceder a la libertad que el conocimiento de los determinismos sociales permite conquistar contra los mismos determinismos" (*Homo academicus*, 1984). Las reflexiones de estos días¹⁵ pueden ser producto de esa actitud vigilante ante nosotros mismos, lo que digamos se aplica y se revierte en nuestro contra, hablamos para flagelar-

nos, escribimos en un ejercicio de socio-análisis para auto-destruirnos. Ojalá sea cierto, ojalá que vuelva a ocurrir.

Final

Las dispersas imágenes con que se trata de dar sentido a los recorridos de la disciplina sociológica en ciertas unidades académicas del país, colocan como metáfora contundente de su estilo de vida el relato de los dos pescadores, mendigos, artesanos, payasos, travestis, o lo que se prefiera, los ya célebres personajes de Beckett, Vladimir y Estragón, que dialogan entre sí por la mera coincidencia de esperar a un ser etéreo, el descorazonado Godot, amorfo, escurridizo y asexual, que desmadejaría, sólo con estar, el absurdo de sus palabras, de sus zapatos huecos, de sus ganas bloqueadas. Como el anzueto godotiano, así la sociología se ha presentado para muchos de nosotros como el pretexto innombrable para conversar, para decir cosas de ella o en su nombre, de sus pies, de sus sentidos mínimos, de su cara de vacío, ahora -palabras de por medio- polisémica. Nos encontramos y hablamos de algo que no sabemos, que no oímos, que no compartimos, que nunca ha estado entre nosotros. Godot posó sobre el árbol el día en que los

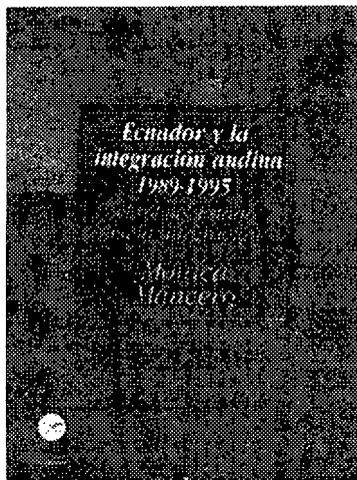
15 Los días en que se desarrolló el Encuentro de Estudiantes de Sociología.

nuevos amigos propusieron usarlo como horca, ninguno de los dos lo/la vio. Así, nosotros, imaginados consumidores de cultura, arrimados a edificios grandilocuentes jugamos al soliloquio del encuentro sin herramientas de convocatoria, tiros al aire o señales de humo. El espectro ya pudo haber pasado cerca. No sabemos esperar. No sabemos buscar.

Concedernos el espacio de saber quienes somos, pensar en voz alta, discutir, criticar, putearnos, oírnos, puede ser, otra vez, la salida.

Bibliografía

- ADORNO, Teodor y HORKHEIMER, Max
1985 *Dialéctica do Esclarecimento* (Fragmentos filosóficos), Jorge Zahar Editor, Río de Janeiro.
- BUSTAMANTE, Fernando
1997 "Ciencias Sociales, Universidad y Estado. Los cambios de los 90", en Revista Iconos n.1, FLACSO-Ecuador.
- BOURDIEU, Pierre
1984 *Homo accademicus*, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre
1997 "El oficio aplicado a un campo", en *Capital Cultural, escuela y espacio social*, México.
- ESCOBAR, Arturo
1993 *Encountering Development: The making and unmaking of the Third World 1945-1992*, Dept. of Anthropology, Smith College, Northampton.
- FERGUSON, James
1990 *The Anti-Politics Machine. Development, depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- HINKELAMMERT, Franz
1995 "América Latina, la visión de los cientistas sociales", en Revista Nueva Sociedad, n. 139, Caracas.
- IANNI, Octavio
1995 "Metáforas de la Globalización", en Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Quilmes, Argentina.
- MASSARDO, Jaime
1997 "El estado de la investigación social en América Latina", en Revista Iconos n.1, FLACSO-Ecuador.
- MIRES, Fernando
1993 *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas.
- QUIJANO, Aníbal
1998 "Populismo y Fujimorismo", en *El Fantasma del Populismo*, Felipe Burbano Editor, Nueva Sociedad, Venezuela.
- RAMIREZ, Franklin
1995 *Desarrollo y capacitación: su efectividad política. El caso de la UNOCANC*. Tesis de Licenciatura, PUCE, Quito.
- ROITMANN, Marcos
1994 "De la sociología del cambio al cambio de la sociología", en Revista Pensamiento y sociedad, Universidad Iberoamericana, México.
- SARLO, Beatriz
1994 *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires.
- UNIVERSIDAD DE CUENCA
1998 "La experiencia en la formación para el desarrollo y la gestión social", Ponencia presentada en el Encuentro de Estudiantes de Sociología, junio.



La Universidad Andina Simón Bolívar ha emprendido una amplia tarea de producción editorial cuyos objetivos básicos se dirigen a divulgar los resultados de la cátedra y la investigación.

Ecuador y la integración andina, 1989-1985: el rol del Estado en la integración entre países de desarrollo de la magister Mónica Mancero Acosta.

El libro recoge un análisis objetivo y crítico sobre el proceso de constitución del Grupo Andino confrontando los dos modelos que han influido en su evolución: el primero guiado por el enfoque estructuralista, y el actual, en el que prima una visión neoliberal y de mercado.